

de décimas, vivencias y sabiduría, una pintura de la región tamaulipeca.

El grito de “¡Alto la música!”, que tradicionalmente se profiere antes de recitar las décimas en las fiestas de la Huasteca de Tamaulipas, vuelve para que escuchemos la experiencia de estos poetas que comparten sus preocupaciones y alegrías, sus penas y su dicha, mostrando que la Huasteca y sus décimas siguen apostando por la vida.

AGUSTÍN RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ
ITESM Campus León

Caterina Camastra y Héctor Vega (textos); Julio Torres Lara (ilustraciones). *Fiestas del agua. Sones y leyendas de Tixtla*. México: Ediciones El Naranjo, 2012; 74 pp. + ilustraciones.

Las coplas tradicionales hacen alusión a conocimientos profundos que afloran de pronto en una voz, en el ritual del baile de tarima o fandango, para actualizar en su aparente sencillez todo un sistema de valores que la comunidad reconoce en el ámbito de la poesía y la música festivas. Así nos lo hacen ver Caterina Camastra y Héctor Vega al entregarnos — pretendidamente a los niños pero, con seguridad, a muchos adultos — *Fiestas del agua*, un volumen que desde el subtítulo anuncia el vínculo de los sonos con las leyendas acuáticas de Tixtla, “una ciudad pequeña, de calles que suben y bajan entre casas de techos de teja, iglesitas de colores y, a la vuelta de cada esquina, hermosas vistas de los cerros de alrededor” (7).

Así describen los autores esta entrañable ciudad, rodeada de agua, por la laguna, por los manantiales y los ríos y canales que la surcan, por la lluvia que la moja con persistencia y aun por el eco no tan lejano del mar, que resuena en las coplas, en las chilenas y en las tarimas. El agua se antoja de tan omnipresente, y ese elemento, tan lleno de vida, aparece como el eje conductor del

libro que, en seis apartados, 16 canciones y un glosario, se nos entrega con el innegable atractivo de las ilustraciones de Julio Torres Lara, cuyas cargadas y ornamentadas figuras en blanco y negro, y toques en rojo y azul, parecen remitir a la ciudad y al agua que la moja.

Julio Torres Lara es un ilustrador mexicano cuyo talento se ha plasmado en libros para niños que parten de la lírica tradicional mexicana. Uno de ellos, que también apareció en Ediciones El Naranja, lleva textos de Caterina Camastra y el título de *Ariles y más ariles. Los animales en el son jarocho* (2007); en este encontramos algunas coplas de sones como *Los juiles*, *La guacamaya* y *El conejo*, antecedidas por un breve texto dirigido a los niños, en el cual se detallan las características del animal que da título a cada son; la mayoría de las ilustraciones están provistas de muchos colores, y los mismos textos aparecen en tamaños distintos y en sitios diversos de la página.

En *Las fiestas del agua*, tanto las ilustraciones como la tipografía son mucho más sobrias (incluso el papel no es satinado, a diferencia del de *Ariles y más ariles*); el texto, por otra parte, no se limita a las coplas y las explicaciones, sino que, como lo he señalado, se establece un diálogo entre aquellas y algunos relatos legendarios de la población, que dan cuenta de la importancia de las entidades, las festividades y las tradiciones tixtlecas que pueden dar el trasfondo más justo a las coplas elegidas. Asimismo, el diálogo que se entabla entre los textos y las imágenes hace que el volumen sea verdaderamente atractivo. Por si esto fuera poco, el libro contiene además un disco compacto en el que el Grupo Yolotecuani interpreta doce sones, con bellos arreglos originales.

Suelen aparecer las coplas en las páginas pares del libro, dispuestas al centro, en una columna, y de ahí parten las ilustraciones que se prolongan hasta la página siguiente: la morenita embarcándose en un pez alado que es el mismo mar, los músicos de las fiestas del Santuario de la Virgen, de cuyos instrumentos brotan pájaros que van a posarse en los *cables* de los pentagramas, la calandria, cuyo canto se despliega en arabescos de vegetal capricho para que la bailadora haga su fandango en la punta de un

rebozo interminable. En su aparente sencillez, en su supuesta sobriedad contenida, estas imágenes conforman con los textos una unidad que hace precioso al libro, que aun a pesar de lo reciente de su aparición ha sido ampliamente premiado,¹ sin duda como resultado de la magistral selección y redacción de los textos, y de la madurez del estilo del ilustrador, que encarna en estas singulares imágenes.

Comienza el libro con una introducción referida al nombre de la población, a su ubicación, a su entorno y a su historia, tan ricos y variados estos que los autores concluyen: “¿cómo caben tantas historias en un nombre tan cortito y tanta gente en un pueblo tan chiquito!” (7). Sitio de tránsito en la época colonial, cruce de caminos y de gente que iba de la costa a tierra adentro y de regreso hasta no hace mucho, Tixtla es, según lo hacen ver los autores, una sementera para la cultura popular. Aparecen también las presentaciones en verso, correspondientes a coplas tradicionales de *El aguacero*: “Allá viene el agua, / me voy a mojar...” (12), y de *La india*, con aquellos versos que destacan la importancia de que el fandango empiece en buenos términos: “Para empezar a cantar / se necesita primero / el saberse acomodar / y tener buen se-gundero...” (14).

En los cinco apartados siguientes se van delineando diversos rasgos de la tradición oral tixtleca, siempre comenzando con las leyendas y siguiendo con las coplas que hacen alusión a los personajes o a los hechos descritos en aquellas. El segundo capítulo, “Las mujeres del agua”, se refiere a entidades femeninas ligadas a lugares acuáticos, de las que en Tixtla se cuentan cosas. Por supuesto, aparece la Llorona, que en aquella población “es de guasa”, pues un “muchacho ocurrente y burlón [...] que se llamaba Atiliano Alcaraz [...] al final de una lunada [...] le propuso a sus amigos jugarles una broma a los habitantes del pueblo. Y

¹Ha obtenido el premio de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana 2012 al Arte Editorial, mención en la categoría Nuevos Horizontes del premio Bologna Ragazzi Award de la Feria Internacional de Bolonia 2013, y el premio al Mejor Libro Informativo 2013, en la categoría infantil y juvenil, por el Banco del Libro de Venezuela.

dicho y hecho, todos buscaron, en la oscuridad, un escondite, cada uno en un barrio distinto, y empezaron a gritar: ‘¡Ay, mis hijos!’” (17).

Junto a este cuento jocoso, aparecen las historias de las cihuatatayotas, mujeres que se aparecen de noche en un lugar de manantiales conocido como La Alberca, donde “con su apariencia de mujeres bellísimas y su voz musical, cautivan a los incautos, quienes las siguen hasta el fondo del agua... ahí éstas se convierten en monstruos y los devoran” (18). Amantes de la música y odiadoras del domingo, las cihuatatayotas premian la humildad y la creatividad, mientras que castigan la soberbia y la ambición, como lo muestra el cuento que presentan los autores, en una versión sabrosamente narrada, del hombre que ante ellas resulta con su “domingo siete”. Aquí, las coplas presentan el agua en su forma de llanto, con *Las mañanitas guerrerenses*: “Llorar, corazón, llorar, / llorar y seguir llorando, / que no es afrenta en el hombre / el amanecer cantando” (24), y también en la de manantial, con *La malagueña*: “Por esa calle derecha / corre el agua y nacen flores” (26).

El tercer capítulo, “El santuario”, refiere las leyendas ligadas a la aparición de la imagen de la Virgen María, venerada, asimismo, “en otro manantial de Tixtla, entre ahuehuetes majestuosos” (29). Aquí se suceden las versiones de relatos acerca de la imagen que fue llevada u olvidada por viajeros que iban o volvían, y de la predilección de la virgen que no quiso ya seguir la marcha de quienes la llevaban y se quedó en el Santuario, pero mantiene el ánimo de seguir su recorrido, pues, hasta la fecha, es llevada en peregrinación por los distintos barrios de la población. Esta virgen de los arrieros rezuma a su manera la vocación de Tixtla y los tixtlecos, y su afinidad por la costa, pues “los costeños traían sus coplas, versos que contaban historias del mar, los viajes y las esperas, los cuales se quedaron entre las montañas de Tixtla. También traían sus artesas, que antes habían sido canoas, [...] para zapatear” (29).

Hermosas coplas aparecen en este capítulo, de la *Morenita mía*, de *La sandunga*, de *Las pelonas*... Las seguidillas de *El vapor chile-*

no evocan en su decir el baile de la cueca, que, de origen sudamericano, llegaría a la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca y cuya influencia perdura en Tixtla, en cuyo “corazón profundo [...] laten todas las aguas, saladas y dulces” (30). El balanceo del barco y el de la bailadora por la artesa se hacen uno con el vuelo del pañuelo, característico del baile de la chilena:

Cuando el vapor chileno
viene silbando – *jay*
las negras en el muelle
se andan paseando.

Ahora, negra, no desmayes,
¿dónde vas con tan lindo talle? (40)

El cuarto capítulo es “El encuentro”, término para designar genéricamente los desfiles con trajes y máscaras que se realizan por las calles de la población, durante los cuales “a los niños de Tixtla les gusta disfrazarse de tigres, diablos, tlacololeros o calaveras, y pasearse por las calles haciendo bromitas a las personas sin ser reconocidos” (43). Los autores agregan que “cada danza [de las representadas en el encuentro] es una historia y cada traje un personaje” (44). De entre estos, los autores presentan al diablo, con el relato legendario de su encuentro con el sahurín, un famoso adivino que es desafiado por aquel; la lomita del Texcaltzin y la barranca de Xompito dan cuenta de las consecuencias del duelo: “hoy en día, todo aquel que visita Tixtla puede ver los restos de aquella batalla” (47). Las canciones de este capítulo también muestran la presencia demoniaca, con versos como estos de *La calandria*, en los que el ánimo del baile se impone a cualquier desafío: “yo te he de hacer un fandango / en las puertas del infierno” (48).

El capítulo 5 se refiere a las ranas, animales acuáticos que tienen gran presencia en el paisaje de Tixtla y en su tradición oral, como lo ilustran los autores, refiriéndose en particular al barrio de Cantarranas y a las historias del Ranero, antiguo sacerdote guardián

de las aguas y habitante de las cuevas de los alrededores, conocido así por su postura en cuclillas y por su gusto por las ranas; a él están ligadas las leyendas que explican la abundancia de aguas en el paisaje tixtleco, y, por consecuencia, la de las ranas que habitan en las lagunas y que constituyen la base de su dieta.

Además del son de *El sapo*, cuyas coplas se refieren a este personaje que parece buen amigo de los seres humanos — como lo muestra la formidable ilustración de Julio Torres Lara que alude a los versos: “la otra noche agarré un sapo, / lo llevé a pasear en coche” (58) —, aparece otro son referido a un animal acuático, *El pato*, en cuyas coplas es el propio animal el que se describe: “Y a mí me nombran el pato, — *patito* / porque vivo entre lo hondo...” (60).

El último capítulo del libro, “La carreta y el pozo”, retoma el testimonio de doña Chahuíta, quien describe el gusto que por la música y el baile — el fandango, en fin — tienen los niños de Tixtla; ella recuerda que uno de sus hermanos tocaba la jarana y los demás zapateaban sobre una carreta y sobre una tapa de madera que su padre mandó poner sobre un pozo para el efecto: “¡Claro que resonaba bonito! Porque el pozo estaba hondo” (63). Las palabras finales de los autores retoman el sentido profundo de esta hermosa historia, que cifra en la imagen del pozo y la tarima zapateada la importancia de ser consecuentes con el entorno natural, que en el caso de Tixtla aparece claramente ligado a su historia y a sus tradiciones orales.

Las coplas del son de *La costeñita* cierran la colección; la siguiente muestra cómo la lírica tradicional dialoga con el medio natural y se adapta a cada entorno: así, si bien es cierto que existen versiones de la copla siguiente por diversas regiones del mundo hispánico, también lo es que aparece en estas *Fiestas del agua* como surgida de los mismísimos manantiales de Tixtla:

De la peña nace el agua,
del agua muchos colores;
¿dónde quedó cautivada
la dueña de mis amores? (67)

Este poemita, de tema amoroso y honda evocación simbólica, no es menos hermoso y sugerente que los demás que integran el volumen, como no lo son menos tampoco los textos de los autores y las maravillosas ilustraciones — en el caso anterior, por ejemplo, la cabellera de la costeñita se despliega de una página a otra, y es, como en algunas coplas tradicionales, el propio mar: por sus ondas van las naos, se irisa la espuma y apunta la rosa de los vientos. Como lo he señalado, se trata de un libro que gusta a los niños pero también a los adultos; unos y otros tenemos mucho que aprender y disfrutar en las fiestas, las danzas, las leyendas y los fandangos de Tixtla, en virtud de este volumen que nos muestra asimismo cómo tenemos mucho que escuchar, que leer e interpretar en la tradición oral. De lo visual a lo sonoro, nos conectamos aquí con el gozo del libro y la palabra contada y cantada por tradición oral, algo que tanto los lectores como los melómanos, los niños y los padres agradecemos y disfrutamos.

RAÚL EDUARDO GONZÁLEZ

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Ramón Grande del Brío. *Crónicas de la Plaza Mayor de Salamanca. El Alfa y la Omega*. Salamanca: Edición del autor, 2012; 140 pp.

La presente obra del escritor Ramón Grande del Brío es una invitación a recorrer la Plaza Mayor de Salamanca de la mano de las gentes que trabajan en sus diferentes establecimientos. No se trata, por tanto, de un tratado al uso sobre la arquitectura de la Plaza Mayor, sino de una lectura emotiva de su entorno a partir de las vivencias de las personas, que son las que, al fin y al cabo, dan vida a las poblaciones.

Crónicas de la Plaza Mayor de Salamanca sigue una línea costumbrista de corte urbano que Ramón Grande cultiva desde hace años. En el año 1990, publicó *Crónicas del barrio antiguo de la muy*